

Baúl

Juan Cordero, Santa Anna y la autonomía de la escuela de San Carlos

Pedro Siller Vázquez*

Santa Anna es uno de los personajes más estudiados en la historia mexicana. Sin duda que su personalidad ha sido muy atractiva para explicar muchos de los pasajes históricos del siglo XIX y, sobre todo, la picardía de sus gobernantes. Conocido como un veracruzano, porteño, afecto a las peleas de gallos, el alcohol y las mujeres, a nadie le sorprendió que apenas a los cuarenta días de haber fallecido su primera esposa, doña Inés García de la Paz, se casara con la joven Dolores Tosta, de apenas 17 años y a quien le triplicaba la edad.

Cuando ya ostentaba el título de “Alteza Serenísima” don Antonio se vio asediado por el joven pintor Juan Cordero quien insistía en realizar un retrato de la pareja real. La intención del pintor era muy interesada. Recién llegado de Europa donde había realizado estudios de pintura, con 29 años y el cuadro *El redentor y la mujer adúltera*, que consideraba como su mejor obra, se presentó ante el director de la Academia de San Carlos, Bernardo Couto, quien le ofreció la subdirección de Pintura, pero la rechazó considerándola algo poco meritorio y pidió la dirección de la misma, que entonces ostentaba el pintor catalán Pelegrín Clavé, pero Couto se la negó.

La Academia de San Carlos era entonces una prestigiosa institución educativa conocida mundialmente. Había sido fundada en 1783 como uno de los últimos legados de España a la Colonia y abierto sus puertas dos años después. La guerra de Independencia y los avatares sufridos posteriormente hicieron que la Academia pasara años de difícil existencia ya que no había fondos para mantenerla, pero logró superar las crisis. En 1843 fue Santa Anna quien se interesó en revivirla y mandó traer maestros europeos para que se ocuparan de la enseñanza de las Bellas Artes. Entre ellos vino Pelegrín Clavé en 1846.



Doña Dolores Tosta de Santa Anna

Entre los que buscaron un aprendizaje entre sus muros estaba el niño Juan Cordero, nacido en Teziutlán, Puebla, en 1824, hijo de un comerciante español y madre mexicana. El padre, advertido de los prodigiosos dibujos del niño, lo envió a la capitalina Academia de San Carlos y ahí se ganó una beca de seis mil pesos otorgada por la propia Academia para estudiar en Roma, a la que llegó en 1844 y permaneció casi diez años.

A su regreso, Cordero se acercó a Santa Anna y lo pintó a caballo, como un Napoleón local pero no tuvo éxito para ganarse su simpatía. Decidió entonces tratar de convencer a su Alteza por lo que todo mundo sabía que era, digamos, su lado débil: propuso a doña Dolores realizarle un retrato y ella aceptó. Cuentan que al ver la obra terminada, Santa Anna quedó profundamente impresionado con el retrato lo mismo que doña Dolores y que ella le pidió que nombrara a Cordero como director de Pintura e hiciera renunciar a Pelegrín Clavé, lo que hizo el 25 de junio de 1855.

Al recibir la orden, Couto reunió a sus principales colaboradores y unidos, se propusieron rechazar la orden alegando la flagrante violación a los estatutos de la Academia. Para nadie pasaba desapercibida la valentía de estos profesores que se atrevían a desafiar al propio Santa Anna.

En el periódico *El Federalista* se anunció la designación de Cordero lamentándose que a pesar de los elogios que siempre había recibido Pelegrín Clavé, su salida fuera, por decirlo así, por motivos extra académicos. En sus páginas interiores reseñaba que los alumnos y maestros de la Academia, al recibir la noticia se inconformaron, primero porque violaba los estatutos internos de la Institución, los que preveían que para un nuevo nombramiento primero había que esperar el término del periodo del actual director, lo que sería dentro de un par de años; luego, convocar a concurso entre los mejores artistas para escoger a quien lo sustituyera “con buenas prendas de conocimiento, dilatada práctica, gusto depurado en el arte, moralidad intachable y disposición y buen método para la enseñanza” lo que no se había cumplido; y protestaban, además, porque el *Diario Oficial* con fecha 26 de julio de 1855 mencionaba que el nombramiento y destitución de Pelegrín Clavé había sido a petición de los estudiantes, lo que decían ellos en carta a la redacción del periódico, era completamente falso.

La protesta tomó forma de motín al que se unieron los estudiantes de Escultura y artistas de la capital. A Santa Anna no le quedó más remedio que dar marcha atrás, reconocer su error y disculparse ante los estudiantes y maestros de la Academia de San Carlos. Era pues, Alteza Serenísima, pero de los umbrales de la Academia hacia afuera. Un mes después salía a Veracruz huyendo de la Revolución de Ayutla. Pero la lección aprendida, no sólo de pintura, ahí quedaba.

*Docente-investigador de la UACJ.